

El recodo

Por suerte no éramos neoliberales.

Por: Edgar Gutiérrez

En 2008 estuve al tanto del proceso político en Paraguay, que registró un hecho inédito en medio siglo: hubo alternabilidad en el poder a través de elecciones abiertas y competitivas. La democracia alcanzó a ese país tres décadas después que a los vecinos. Por historia, geografía, modo de vida y forma de hacer gobierno asocié Paraguay a un recodo social: el punto donde la corriente del cambio se tuerce y, al final, suele presentarse como retorno de la antigüedad.

Esa ojeada sirvió para cumplir la sentencia: es más frecuente que aprendas a conocer tu realidad lejos de ella. En muchos sentidos Guatemala es un recodo, pero no como accidente físico, maldición histórica o vocación aislacionista. El recodo acá es una suerte de estancia ideológica.

O, como el racismo, un ADN de la Colonia. Opera mediante una persiana rudimentaria pero efectiva que filtra nociones seleccionadas desde el exterior para airear un añoso árbol ultraconservador, de raíces patéticas y sin embargo abrasadoras y vivas.

Por eso no somos un recodo exactamente angular. Tenemos frecuentes baños de modernidad.

Nos llega la tecnología, estamos a la última con las comunicaciones, moda, edificios supersónicos y otros souvenirs traídos de Miami, jets y autos exclusivos. Las elites chatean el inglés con soltura y demandan el cambio, están a tono con la globalidad. Hay democracia, libertades y una Constitución hasta demasiado pegada a la retórica de derechos humanos.

¡Libertinaje! Demasiados izquierdistas, ex guerrilleros, activistas y provincianos en los despachos oficiales. Y nuevos ricos saltando como hongos entre la anarquía y la criminalidad.

Que nadie reclame que el ascensor social es infuncional, aunque no sea ortodoxo, ¿dónde no se cuecen habas?

Todo ha ocurrido demasiado rápido. Del anticomunismo de las guerras preventivas, se saltó al neoliberalismo, como fundamentalismo antiestatal. El viejo aparato de Estado de control –que lo oía todo, lo sabía todo– se mutó al mercado como redes corporativas empresariales y criminales, que ejercen un control selectivo y estratégico sobre el propio Estado, según el alcance de sus intereses. ¿Y ahora que el neoliberalismo cayó? ¡Por suerte no éramos neoliberales! El conservadurismo económico, la inercia, nos salva. El problema es el Estado en manos de corruptos (que no son nuestros) y de criminales (que no son nuestros). En este recodo hay muchos remolinos y por la persiana pasó demasiada suciedad.